

La experiencia de los escraches populares: in(ter)vención en el espacio público a través de un lenguaje performativo

Por Sergio Gradel¹

Narrativas y prácticas de la memoria: un relato posneoliberal en construcción

El presente texto se propone contribuir a la reflexión respecto del análisis de las distintas narrativas acerca de la memoria que se fueron constituyendo a lo largo de la década de los noventa en Argentina y que hoy podemos ver algunos de sus efectos. En primer lugar para poder realizar este objetivo, habría que dar cuenta de los obstáculos que presupone la compleja y conflictiva relación que se produce a la hora de visitar los vínculos entre nuestro “pasado y presente”¹.

En segundo lugar, nuestro recorrido argumental intentará hacer hincapié en la relación entre los campos de la memoria y la política. Además, nos interrogaremos si estos discursos y prácticas pueden estar ligados a una cultura política en transformación, entendiendo a ésta como una práctica contrahegemónica. En este sentido, intenta reconfigurar los lazos sociales de un sujeto colectivo¹ alterados por el genocidio en nuestro país.

Gracias a la expansión y profundización del modelo neoliberal, que implica, como dice Atilio Borón (Borón, 1997), una radical reestructuración de las sociedades por el capital, es que, en la década del noventa logró extenderse una peculiar imaginación colectiva que concebía a la nueva organización social a partir de la figura del “capitalismo libre de fricción”. Estas sociedades pasaron a llamarse según los autores referenciales del neoliberalismo, entonces, sociedades pos-históricas, precisamente porque estaban ausentes los agentes clásicos de la Historia anterior; y al mismo tiempo, pos-ideológicas, debido a que ya no existirían velos ideológicos estructurales para el desarrollo tanto de la acción individual como colectiva.

Frente a ese escenario se erigieron resistencias y alternativas que se podrían pensar como partes constitutivas de una política contestataria, que enfrentó a la hegemonía neoliberal, llamada en su momento “pensamiento único”¹. Es allí donde cobró relevancia el surgimiento de nuevas identidades, prácticas políticas tendientes a la transformación socio-cultural, que se mezclaron con las ya tradicionales organizaciones políticas. En este sentido podemos decir que en los noventa emergieron rasgos antagónicos en los movimientos sociales que iban cada vez más a profundizar el agotamiento de

la hegemonía neoliberal. Los discursos y las políticas de la memoria, entonces, podríamos afirmar, tuvieron un rol central en la creación de una práctica de resistencia política cultural. En su primer momento, muchos de estos discursos de la memoria estuvieron ligados a la experiencia del arte, como una relación de malestar de la cultura y crítica de la idea de transparencia y de cosificación que se construían en ese tiempo en torno a una idea de sociedad armónica y sin conflictos. De ahí que también resulte importante rastrear las relaciones entre los discursos de memoria, arte y política como manifestación de los conflictos sociales de ese entonces.

En este sentido, podríamos afirmar que la puesta en escena de los relatos y prácticas de la memoria durante esa década generaron, por lo menos, una re-territorialización del conflicto social en medio del desierto neoliberal y tendieron a producir nuevas redes sociales a través de una práctica que, en tanto cuestionadora del orden existente, se solventaba en una dimensión ético-política.

Surgió así, a través de los discursos y las políticas de la memoria una perspectiva de la reapropiación social de lo común, en paralelo a otras prácticas como el movimiento social por los derechos humanos, el movimiento estudiantil, las asambleas barriales, las fabricas recuperadas, los grupos de intervención de arte callejero, entre tantos otros, que se constituyeron como los interlocutores en la sociedad para pensar los problemas sociales de nuestro tiempo. Se formularon preguntas a través de los discursos de la memoria como medio organizador colectivo territorial y articulador entre organizaciones y modos de construcción social y político que interpelaron al conjunto de la sociedad. Esto permitió que se conformaran distintas formas de la auto representación discursiva en cuanto a la creación de relatos propios, creación de canales alternativos de modos expresión que combinen formas tradicionales y emergentes de la cultura popular a través de distintos discursos y géneros: literatura, teatro, baile, música, artes visuales, etc., que por otro lado generó la producción de símbolos, la identificación y la memoria grupal a contrapelo de la cultura dominante.

La constitución de los discursos de la memoria en la sociedad pos-dictadura

El genocidio en nuestro país en la década del setenta fue producto de un proyecto político económico cuya claridad ideológica y sistematicidad de prácticas de exterminio fueron innegables. Este proyecto se implementó a través de golpes y dictaduras militares que se sucedieron, como en otras regiones del mundo, en los países del Cono Sur de América Latina: Brasil, Uruguay, Chile, Paraguay y Argentina.

Además, las elites económicas y militares de estos países colaboraron conjuntamente articulando dichas dictaduras en el llamado “Plan Cóndor”¹.

De esta manera, podríamos pensar el concepto de genocidio según Feierstein (Feierstein, 2007), como una práctica social que utiliza particulares tecnologías de poder para “reorganizar” las relaciones sociales hegemónicas mediante la construcción de una otredad negativa, el hostigamiento, el aislamiento sistemático, el aniquilamiento material y la realización simbólica.

La dictadura en el caso de Argentina sentó las bases para un cambio de época, la implementación de un nuevo modelo económico y social: el neoliberalismo¹, barriendo a través de la represión con todo un proyecto de emancipación político-social gestado por las resistencias en las décadas anteriores. En forma semejante el final de la dictadura aparejó el advenimiento y la consolidación de la democracia política, en su mayor parte obtenida por la movilización social que sostuvo en todo momento la vigencia de la denuncia y la lucha por los derechos humanos.

Una parte importante de los discursos y las políticas de la memoria se fueron constituyendo a lo largo de la resistencia del movimiento de los derechos humanos, el cual cobró relevancia en la movilización social de la década del ochenta. Los reclamos más importantes fueron la denuncia por las violaciones a los derechos humanos durante la dictadura militar y el reclamo por la vuelta a la democracia política. Esta parte de los discursos de la memoria estuvieron muy ligados a la idea de justicia para las víctimas del terrorismo de estado y castigo a los culpables. De esta manera, se constituyó sobre ese discurso una política de la memoria particular, con una definición de objetivos específica. Sin embargo, las miradas no se agotan en esa política particular, sino que por el contrario hay otras políticas de la memoria que también poseen sus relatos, sus símbolos y sus reclamos.

De ahí podríamos preguntarnos ¿qué hacer con nuestra(s) memoria(s)? ¿Qué hacer con nuestro pasado que ilumina nuestro presente?

En principio estaría planteada la tensión entre las distintas construcciones políticas a la hora de construir y realizar los discursos y las políticas de la memoria.

Podemos encontrar a la hora de bucear en las distintas construcciones políticas, memorias del terror, memorias de las víctimas, memorias que esperan de la justicia una reparación del daño que sufrieron, y entre ellas si es una reparación jurídica o de otro tipo. Memorias como industrias culturales que en definitiva licuan sus propios contenidos y generan olvidos. Memorias colectivas, memorias individuales, estéticas de la memoria, memorias contrahegemónicas, memorias oficiales, memorias

constituyentes o memorias instituidas, institucionales. Memorias de la propia comunidad o memorias del Estado.

En segundo término, cuando nos referimos a los discursos y las políticas de la memoria en la década del noventa, estamos haciendo alusión al surgimiento de identidades, símbolos, repertorios de acción en los que se condensan nuevos actores ligados a la memoria. El caso de H.I.J.O.S¹ es uno de los paradigmas de la lucha contestataria de la década. Se funda en el año 1995 y construye una identidad en torno a la denuncia contra la impunidad del ayer y del hoy además de inaugurar la práctica político-cultural del escrache¹. En su aparición en escena es acompañado por los demás organismos de derechos humanos, Madres de Plaza de Mayo, entre otros, pero sobre todo, por las generaciones más jóvenes que expresan su repudio frente a las marcas traumáticas que dejó el genocidio y las continuidades de la dominación que se mantienen en el presente. Estos nuevos repertorios de acción como el escrache, o las intervenciones político-artísticas que generan estos actores políticos, ponen en cuestión una serie de problemas que son parte de nuestra historia.

Escrache, lenguaje y comunicación en el espacio público

El escrache a través de sus imágenes y consignas es un espacio para la crítica de lo instituido y lo dominante. El escrache como expresión artística-política es quien produce el conflicto, la tensión, con la esfera social lo cual incluye las formas resistentes al poder y la dominación. De esta forma, el escrache puede ser interpretado como un campo de resistencia cultural que desnuda intencionalmente el carácter fetichizante de la cultura dominante y su hegemonización del sentido. En palabras de Mijail Bajtin (Bajtin, 2003), podríamos decir que es el poder distorsionador el que resiste frente a la dominación. Cuando los oprimidos carnavalizan los signos o el lenguaje invierten la relación de poder respecto de los opresores; o viceversa, el lenguaje del carnaval-escrache, entendiendo a este, como una sociedad a donde las distorsiones de la dominación no pueden penetrar.

El lenguaje creado por el escrache es un conjunto de símbolos que desestructuran el sentido común dominante. Es un lenguaje performativo que busca leer lo reprimido. Esta práctica, que es experimental en cuanto a su forma de expresar y comunicar sentidos a través de un lenguaje visual; pertenece al campo de una estética referencial del arte denunciante y contestatario como diría Nelly Richard (Richard, 2007). Su capacidad reside en torno a un ritmo de corte irruptivo y disruptivo, en

donde se juega la interrupción de los flujos comunicacionales tradicionales en el espacio público y se los sustituye por otras convenciones sociales alternativas.

Es así, como en la escena del escrache, en el territorio del espacio público, se intenta dar batalla contra el lenguaje y la información dominantes que el mercado, a manera de industria, inunda y satura nuestra vidas. El escrache y su simbología cargadas de imágenes subversivas logran dar cuenta de la ficción originada en el discurso neoliberal, la cual consta de una representación de la sociedad liberada de conflictos y dramas, con una comunicación transparente y reconciliada. El lenguaje visual del escrache posibilita la invitación a prestar atención, a cuestionar, a pensar sobre las representaciones que nos ofrecen los poderes instituidos; y al mismo tiempo, poder cortar con esos relatos naturalizados y (re)crear nuevas experiencias que ligen acontecimientos, marcas y huellas de un nuevo lenguaje prefigurativo que dé lugar a otras narrativas de la identidades subalternas.

Memorias en tensión en Argentina

“Es como si la cuestión de la ideología fuese, hoy, una nueva versión del enigma que la Esfinge propuso a Edipo. En vez de la alternativa ‘o descifras el enigma o te devoro’, la cuestión de la ideología, moderna Esfinge, nos provoca, irónica: ‘descíframe en cuanto te devoro’”. (Konder, 2002: 112).

Los relatos de la historia nunca son inocentes, por eso la escucha de lo que tienen para decirnos es primordial para comprender lo que aconteció. Discutir esas diversas narrativas implica actuar políticamente y de alguna manera disputar el poder.

El inicio de un nuevo ciclo de movilización fue uno de los factores que alteró lo real y lo simbólico y permitió la apertura de la crisis hegemónica del neoliberalismo. Ahora bien, resulta interesante pensar este nuevo escenario que se abre a partir de la crisis del paradigma neoliberal e interrogar sus límites y potencialidades. De manera provisoria, podríamos llamar a esta nueva escena de “posneoliberal” y empezar por definir sus primeros pasos en cuanto al cambio de políticas públicas, de relatos históricos respecto del pasado, de la emergencia de distintos sujetos colectivos, entre tantas otras particularidades que diferencian a este momento del anterior. Si bien, y por lo general, este “pos” se ha leído y se lee como “después de”, podríamos sumar una forma distinta de interpretarlo. Ya no como “luego de”, sino como una manera de ver muy “otra”. Un modelo que viene a mostrar otra

manera de ver al neoliberalismo, bajo una forma no tan salvaje como el anterior y con una racionalidad más regulada pero que en el fondo mantiene las mismas reglas de juego del capitalismo.

Pasando revista al ciclo de luchas que atravesó el movimiento por los derechos humanos en Argentina, tendríamos que aludir al despliegue en las luchas callejeras (durante los últimos años de dictadura y el advenimiento de la democracia), luego su ampliación con otras resistencias contra el neoliberalismo (finales de los años '90 y los acontecimientos de los años 2001 y 2002) y, por último, la emergencia de una narrativa estatalista que instaló un discurso sobre nuestra historia reciente (con símbolos emblemáticos muy fuertes en Marzo de 2004 y con los “juicios de la verdad” a los genocidas de la dictadura militar).

Las primeras consideraciones acerca del momento actual de la Argentina pero también de Latinoamérica, es señalar que estamos atravesando un mapa de legitimidades nuevas que organizan nuestro presente, aunque no por eso, necesariamente, estas narrativas sean del todo capaces de ilusionarnos e interpelarnos.

Los interrogantes que nos surgen, de alguna manera ponen al descubierto los aciertos de por parte de las políticas públicas del ¿estado posneoliberal?, y al mismo tiempo, sus falencias o sus riesgos.

Si hasta el momento, describíamos parte de las experiencias que se resistieron a un paradigma hegemónico, ahora, el debate debería estar orientado a interrogar qué tipo de hegemonismo se está construyendo para sustituir al anterior. En cierta forma, nos preguntamos por la disputa que se abre en este nuevo escenario y al interior de un nuevo hegemonismo en construcción, que invisibiliza, de forma diferente al paradigma anterior, a parte de los movimientos sociales de los sectores subalternos de nuestra sociedad.

Por un lado, estas ideas, permiten visibilizar las pujas por la autoridad de la palabra y el monopolio del saber sobre el pasado. Por el otro, repensar quiénes son los actores que pueden intervenir legítimamente en estas disputas y cuál es su rol y su relación con el Estado. Al respecto de cómo se conforman los relatos para rememorar y legitimar acontecimientos o procesos históricos, Enzo Traverso (Traverso, 2001) nos recuerda, que en tiempos de democracia la memoria no puede estar libre de conflictos. Si fuera así, el carácter monolítico que puede llegar a asumir si se construye una “memoria histórica oficial” (mediante la proliferación de “leyes de la memoria”) puede conducir a codificar el pasado de manera absurda; con una visión normativa y tipificada, incompatible con una democracia en la que interactúan y confluyen memorias diferentes.

Desde esta visión es que las memorias fastidian al poder normalizador del orden establecido, debido a que ellas evocan disputas de sentido, valor, poder, etc.: abandonado la falsa idea de una “memoria completa”. Las memorias son múltiples como los distintos sujetos que integran la sociedad misma; que el poder dominante tienda a homogeneizar buscando imponer su lógica normalizadora y construyendo su poder disciplinario, es un tema a estar alerta en la construcción de procesos de resistencia.

Sin embargo, es importante decir que no se trata de una guerra por la representación de la historia, sino de una batalla cuyo campo es la historia misma. A su vez, en esta disputa cobran relevancia los atributos de los discursos y las prácticas de la memoria, que son capaces de trazar las asimetrías respecto del poder. A través de las memorias, entendidas como territorios, es donde se producen las in(ter)venciones (formas de prácticas políticas) que configuran los campos de batalla de las representaciones simbólicas de nuestros pasados en la historia. En este sentido, la historia es un relato institucional de un proyecto político; relaciones de poder instituidas que convalidan el proyecto dominante del pasado, pero también en el presente y hacia el futuro.

Por todo esto sería pertinente preguntar: ¿qué tipo de memoria puede emanar de los Estados que se consolidaron a través de exterminios y grandes represiones? Estados que exhiben formas monumentales de representar símbolos que rigen nuestras vidas y definen nuestras identidades. Cuando transitamos las calles de las ciudades de Latinoamérica nos movemos entre monumentos instalados, lugares que nombramos y espacios que identificamos con nombres otorgados por un discurso dominante. Este entramado de símbolos no debería ser interpretado como natural, por el contrario, son producciones de iconografías por parte de los poderes discursivos vigentes. La frase de la lengua popular: “el que domina nomina”, nos sirve para comprender cuántos monumentos, calles y espacios públicos portan los nombres de perpetradores, conquistadores y genocidas en nuestros países. Según Silvia Rivera Cusicanqui, en el presente en nuestros países continúa la vigencia de un colonialismo interno (Rivera Cusicanqui, 2010). En ese marco, hay un lugar y función especial para las palabras, las cuales no designan sino encubren, velan la realidad en un registro ficcional.

De ahí, la relevancia de pensar y recuperar la experiencia del “19 y 20 de diciembre”, como un momento de desequilibrio, una ruptura de lo esperable, una modificación de lo que parecía clausurado, a través de un desacuerdo respecto de la política neoliberal de las décadas anteriores. Y al mismo tiempo, la inscripción en el espacio público de un lenguaje performativo y subvertidor que dejó huellas

en el discurso público, el cual permitió vislumbrar otro camino, otra historia, otras experiencias políticas que ensancharon nuestro horizonte. Estos acervos, que todavía hoy, permiten por donde aun imaginarnos el despliegue posible de la acción colectiva.

Bibliografía

Bajtín, Mijail 2003 (1950) La cultura popular en la Edad Media y el renacimiento. El contexto de Francois Rebelais (Madrid: Alianza).

Borón, Atilio 1997 “Réquiem para el neoliberalismo”, en Revista Periferias (Buenos Aires) N° 3.

Feierstein, Daniel 2007 (2007) El genocidio como práctica social. Entre el nazismo y la experiencia argentina (Buenos Aires: Fondo de Cultura económica).

Konder, Leandro 2002 (2002) A questao da ideología (Sao Paulo: Companhia das letras).

Richard, Nelly 2007 (2007) Fracturas de la memoria. Arte y pensamiento crítico (Buenos Aires: Siglo Veintiuno Editores).

Rivera Cusicanqui, Silvia 2010 (2010) Ch'ixinakak utxiwa: una reflexión sobre prácticas y discursos descolonizadores (Buenos Aires: Tinta limón).

Traverso, Enzo 2001 “El uso público de la historia”, en Revista Puentes (Buenos Aires) N° 5.